

La Sibila.

Samont H.



Capítulo 1

EXTRACTO DE LA NOVELA: **La probabilidad, el albedrío o las barajas.**

<http://www.megustaescribir.com/obra/64381/la-probabilidad-el-albedrío-o-las-barajas>

Escena: **La Sibila.**

Créanme que aún ingenuo me senté solo esperando mi plato. Y ni siquiera advertí nada cuando de rato a rato mi padre, sus amigos y las falsas griegas giraban a mirarme, y cuando coincidíamos en las miradas volvían a sus temas. Ni cuando se me acercó Babalú para preguntarme si la prefería delgada o normal y yo respondí rápido entre normal y un poquito gruesa, bien cocida, porque a mí siempre me ha encantado la carne tan gruesa como las suelas de unas botas pesqueras. No me llamen tonto, inocente, quizá. Qué iba a saber que en un burdel no se vendía comida, si antes no había pisado uno, ni pregunté jamás a nadie qué otros servicios se ofrecían en esos lugares. ¡Que sí! Que intuía lo que se hacía allí, pero ¿por qué no comida, también? Si yo le creía a papá. Si mi padre me hubiera dicho que se vendía ropa, también se lo hubiera creído.

Babalú vino con mi cena y fue obediente: gruesa, con mucha carne, pero caminaba y hablaba.

—Hola guapo. Me llamo Sibila —no pidió permiso para sentarse.

—Hola —una profetisa, dije por dentro.

Desde la mesa de mi padre todos nos miraban, menos él. Babalú volvió a la barra y me dejó solo con ella. Sibila era una despampanante morena de caderas y hombros anchos, que no rolliza, de carita redonda y pómulos normales. Sus ojos, dos cometas a punto de colisionar y su pomposa melena azabache, haciendo una cola, resbalaba por su cuello para terminar cubriendo su pecho izquierdo. En otro tiempo y espacio diría, guapísima.

—¿Es tu primea vez? —sonreía la guapa.

—¿De qué?

—Si es tu primea experiencia.

—¿Pero..., de qué?

Era raro porque tuve la frialdad de dominar la situación.

—No temas. Sabes dónde estás, ¿verdad?

—Eso si lo sé, pero, ¿qué más quieres decir? No adivino el futuro como tú.

—¿Qué?

De mitología entendería poco, ¡seguro!

—Por tu nombre..., adivinas en futuro.

—¡Yo qué sé su significado! Me lo han puesto aquí, pero eso qué importa.

Se inclinó hacia la mesa y cogió mis manos. Los amigos de papá giraban curiosos con descaro.

—El Capi ha pagado ¿y si subimos? —levantó una fina ceja—, disfrutaremos un rato.

—No he venido para eso, sino para comer.

—¿No lo entiendes? El plato soy yo —echó su tronco al respaldar de la silla y algo tocaba mis intimidades—. ¿Te gusta? Quítate los zapatos, las medias y hazme lo mismo. No tengo nada debajo.

De pronto me sentí un actor sacrificado. ¿Qué digo?, pensé iracundo. No dejaría por nada que mi rabia oculta se transformara en violencia. Mi indignación encontraría otro medio de expresión: solo con mi padre, que ni siquiera volteaba a mirarme. Esa chica no tenía culpa de nada. Solo hacía su trabajo.

—Quita tu pie de allí —proferí muy fino, sintiéndome infringido.

Ella usaría un recurso más. Puso recto su cuerpo para descubrirse un pecho, un melón oscuro.

—¿Acaso no te gusta? Vamos, ánimo, subamos que te la voy a chupar como jamás lo harán contigo —expresó con sensualidad.

A mí me olió a vulgar.

—Mejor me quedo —con qué cara lo habré dicho.

—¡Oye, guapo! ¿Acaso prefieres unos de los chicos de Sala Apolo?

Eso me exasperó.

—Vete a la puta de tu madre. Aquí te quedas —proferí con ira. Me incorporé y volé a la mesa de mi padre.

—Quédate, y no me sigas que quiero irme solo.

—Gabriel, pero...

—Que no me digas nada, carajo.

Papá se quedó sentado con una griega sobre sus piernas. Salí a la sala principal y el rabillo de mis ojos advirtió una figura algo familiar bajando la escalera. Por reflejo me detuve unos segundos para girar y mirarlo por entero, era Pancho, el auxiliar del colegio, de la mano con un jovencito de Sala Apolo. Tenía una gorra, pero lo reconocí sin esfuerzo.

—Qué carajo me miras, ¿acaso me conoces?

—No —referí y seguí caminando hacia la puerta de salida.

—Gabriel —el auxiliar detuvo mi marcha—. Ya sabes. No me has visto jamás.

—Adiós, Pancho. No te conozco. Puedes quedarte tranquilo.